

SR. PROVIDOR.

En cumplimiento al decreto que antecede, por el que V. S. ha tenido á bien encomendar á mi humilde censura el Opúsculo que sobre la Divina Providencia ha escrito el Sr. Lic. D. Luis G. Duarte, digo: que habiéndole leído con la debida detencion, no encuentro en él cosa alguna que se oponga, ni á los Dogmas de la religion católica ni á sus costumbres; que por el contrario su lectura será de mucha utilidad, no solo á los fieles sino á los incrédulos del dia, cuyas objeciones sobre la Providencia las rebate el autor con las mismas armas de sus contrarios, citándoles hechos y doctrinas que estos no pueden desconocer; que así mismo por la manera ó estilo con que está escrito afirmará con dulzura la creencia de los católicos sobre ese amabilísimo atributo de la Divinidad.

Este es el parecer que sujeto al superior de V. S. á quien guarde Dios muchos años.

México, Enero 29 de 1874.

FR. RAFAEL VENEGAS.

México, Febrero 13 de 1874.

Visto el parecer del M. R. P. Provincial de los Dieguinos Fr. Rafael Venegas, damos nuestra licencia para que se imprima el Opúsculo intitulado "La Providencia," con calidad de que antes de que se dé á luz sea cotejado por el M. R. P. Censor. Lo decretó y firmó el señor Provisor y Vicario general Gobernador de la Mitra.

DIAZ.

LUIS G. TORNEL,
Pro-secretario.

LA PROVIDENCIA.

La elasticidad del aire con su tendencia á enseñorearse del espacio anchuroso y lejano á nuestra vista: el concierto armonioso de las aves que anuncian con placenteros gorjeos la alborada del nuevo dia: las elevadas cimas de los árboles y de los gigantescos montes: los remotos volcanes con sus copos de nieve diáfana y misteriosa: el rayo atronador y majestuoso: el rico velo, trasparente y variado de los cielos; las temblorosas estrellas, fugitivas apenas aparecen las primeras galas del monarca bellissimo de los planetas: y este astro-rey que asoma su semblante entre nubes de riquísimos jacintos, nos convidan á remontarnos hasta el amado de nuestro corazon, hasta el munífico protector, cuya benevolencia reconocemos en tantos y tan variados beneficios, que nos obligan á bendecir tanta sabiduría en una Providencia que á todo se estiende y que todo protege con su manto.

El aire, el fuego, el agua, son agentes de

vida y de inefables goces: á su *aspecto* se anima la tierra, el rocío esmalta las flores, los gruesos hilos de las lluvias revisten la pradera de plantas y de frutos. El aire vivifica la naturaleza, y la luz llena de claridad el espacio y nos presenta como una realidad los objetos que desaparecen con su ausencia.

Nacen los hombres y nacen los animales y las plantas; mas para conservarse y vivir, de agentes secundarios necesitan que los alimenten y sostengan; y todo lo encuentran preparado para su recepcion.

Ese infeliz labriego que humilde se guarece bajo su rústico techo de entretejidas ramas y entré paredes de endebles carrizales; ¿de dónde viene? ¿adónde se encamina en su misteriosa marcha? ¿Es superior con mucho á esos astros de luz que nos llenan de asombro con su magnificencia? ¿Con qué dotes interior y exteriormente se encuentra enriquecido! El es dueño del hermoso y rico panorama que variado se descubre á su vista desde su pobre choza: bebe el dulce licor de la fuente en su nacimiento: *las auras suaves, el ambiente embalsamado*, le prestan la robustez y lozanía que en vano procura conservar en las ciudades la ciencia de Esculapio: Dios habla al campesino en la soledad, y la naturaleza le sonríe.

En el estado mas humilde, en la esfera mas oscura de la vida social, el hombre se siente el rey de la creacion; todo lo mira compuesto de partes que son separables, y todo lo puede aniquilar al menos en su poderosa imaginacion, percibiendo por lo mismo que la existencia de cuanto le rodea no es necesaria y que tienen todas las cosas el ser como prestado, con principios y tendencias á un término: á su destruccion y aniquilamiento. Entonces bendice aquella mano invisible que todo lo sostiene, aquel ojo oculto y divino que por todo vela, aquella sabiduría que anuncia al mortal que es eterno su destino y que le conservará una accion todopoderosa, á pesar de las naturales tendencias de lo finito á precipitarse en los abismos de la nada. Y desde entonces comienza á entonar un cántico de gratitud para bendecir esa Providencia, que por inescrutables designios todo lo dirige al futuro feliz de todas y cada una de sus criaturas racionales; y entonces sienten estas un generoso impulso de bendecir á su Hacedor, y de presentarle homenajes de respeto y reconocimiento, de gratitud, de amor y adoracion.

Al escuchar esta divina palabra "Providencia" quisiéramos que todo fuese cánticos de alabanza, trasportes de amor y de reco-

nocimiento, deliquios apasionados de la mas santa ternura, hácia ese Dios que sin cesar está velando por el hombre, y no solo por este, sino aun por todos los seres, que para que le sirvan, ha puesto bajo el imperio de su centro; empero nos es preciso explicar cómo entendemos ese atributo que tan benéfico nos es á los mortales, y que le confesamos y reconocemos á la Divinidad.

A esa accion constante y eficaz del poder de Dios con que conserva todas las cosas, encaminándolas al fin para que los ha destinado su sabiduría infinita, es á lo que llamamos Providencia; porque está proveyendo para que todo cumpla con los augustos planes de la misericordia por excelencia. "El mundo se gobierna por la Providencia de los dioses, y ellos disponen las cosas humanas; y no solo los miserables, sino tambien los particulares" nos dice Ciceron. (1)

Todo en la creacion es perfecto, y Dios vió que estaba bueno; pero esta perfeccion se encuentra únicamente con relacion al fin; y no podia ser de otra manera, pues tratándose de seres finitos, limitados, y por lo mismo imperfectos por esencia, seria contradictoria en ellos la bondad absoluta que solamente reside en el ser infinitamente perfecto.

(1) De Divin. 1117.

El ente limitado por su naturaleza misma, debe encontrar en sí, solo imperfecciones, tanto en el órden físico, como en el moral; y si le faltara la accion divina respecto del primero, volveria á la nada al punto; y respecto del segundo se precipitaria inmediatamente en un abismo de oscuridad y de crímenes.

Dios es el principio de todas nuestras acciones, la inspiracion de todas nuestras ideas, el móvil de todos nuestros deseos; y nada podemos creer, pensar y practicar, y á nada aspira nuestro corazon, sin que reconozca por principio esa fuente inagotable é infinita, siendo nuestra malicia la que corrompe las aguas de tan puro manantial: de Dios es la bondad que en nosotros reside; solamente nuestra es la malicia é imperfeccion. El mayor mérito en el hombre, es no oponer resistencia á la gracia celestial, que á nadie falta.

Los gentiles mismos, que tan mezquina idea tuvieron de la Divinidad hasta multiplicarla, cuán bien comprendieron que el hombre todo lo recibe de ella; y en el Capitolio se le invocaba por los guerreros y oradores, y se le atribuian los triunfos y la prosperidad del pueblo romano. Los mas interesados en la exaltacion personal, reconocian sus hazañas como favores de una virtud superior. A los dioses inmortales referia Ciceron el deseo y

esfuerzo que le animó para salvar á la patria de la conjuracion de Catilina, (1) igual reconocimiento hace Publio Scipion el Africano (2) y á ellos les da las gracias Marco Aurelio Antonio, porque le apartaron, siendo jóven y ya de viejo, de las ocasiones de pecar, y porque le concedieron buenos padres, preceptores y amigos (3) y el Corintio Tigmolion, al escuchar sus elogios por haber libertado la Sicilia, á ellos tributaba las gracias, dejando asentado este sabio principio: de que ningun suceso humano acontece sin la inspiracion de los dioses. (4) Para avergonzar el desden moderno que se tiene de invocar á la Providencia divina, como si esto fuese propio solamente de espíritus apocados, supersticiosos y fanáticos, hemos multiplicado citas ilustres de los mas grandes hombres del paganismo; pero seria muy prolijo y acaso imposible aglomerar otras muchas no menos importantes y significativas, ya generales y ya particulares en todos los pueblos de un dogma tan espontaneo como universal. Sin embargo, no podemos prescindir de citar testualmente algunos lugares interesantes á los pormenores circuns-

(1) Cic. pro Silla, XVI.

(2) Auct. de Vir. illustr. 49.—Aut. Gell. 7, 1.

(3) Marco Anton 1, 17.

(4) Corn. Nepin Timoleonte, 4.

tanciados que nos ocupan, que nada tienen de metafísicos ni de teológicos, y que resplandecen en todo ánimo recto y en todo corazón no corrompido.

“Cuanto bueno hagas, repútalo como recibido de los dioses.” (1) “La virtud ni viene de la naturaleza ni de la ciencia, sino de la Divinidad. La naturaleza no da virtud. Nacimos á la verdad para ella pero sin ella.” (2) No hay varon bueno sin Dios. ¿Se puede alguno sobreponer á la fortuna sin su ayuda? El da consejos sabios y rectos, y habita en cada uno de los varones buenos. Si viérais algun hombre sereno en los peligros, fuerte en la tentacion, feliz en la adversidad, alegre en las tempestades y como si habitase en un lugar superior á todo lo humano, no le admiréis á él, sino decid: “Esa virtud es mayor y mas alta que el cuerpecillo en que reside: la fuerza divina descendió sobre él.” Si alguno tiene ánimo excelente y moderado, si rie mientras los otros mortales temen ó desean, el poder celestial le anima y le gobierna: que no puede haber tanta grandeza sin el auxilio divino. (3)

(1) Bias, uno de los siete sabios de la Grecia, segun Diógenes Laert. su Biante.

(2) Plato in Menon.—Séneca epístola 90.

(3) Séneca, epíst. 41.

Pero si Dios es el principio de nuestros pensamientos y acciones, de nuestros conocimientos y deseos, y de todos nuestros actos tanto internos como externos, tambien es el término al que los dirige esa augusta y excelsa Providencia. La manifestacion de los atributos de Dios, es el fin para que fuimos criados y bajo este aspecto, ¿podrá darse mayor perfeccion que cumplir cada uno con el objeto á que se le destina? Las criaturas inferiores deben servir al hombre á este respecto y aun en su mismo estado de rebelion, con su falso halago y multiplicados sinsabores y contrariedades le suministran homenajes que presentar á la Divinidad de resignacion y sufrimiento: le obligan á no olvidarse un momento de la dependencia que tiene de su Criador; le ponen alerta contra sí mismo; y le enseñan á separar su corazon de todo lo deleznable y á solo aspirar á los bienes eternos para que fué criado.

Aun nuestras caidas mismas en el orden moral contribuyen de una manera poderosísima á ese dichoso fin á que nos destina esa santa Providencia; enseñándonos á desconfiar de nuestras propias fuerzas y á ocurrir mas humillados y fervorosos á la Divinidad, para que nos ampare y nos sostenga, haciéndose mas íntima nuestra conversacion con ella, de

la que tantos bienes nos resultan. Al formar nosotros el proceso de nuestra vida delincuente, muchos motivos de confusion encontramos, que ponen el freno mas poderoso á las immoderadas pretensiones de nuestra soberbia y vanidad, y nos resignamos mas fácilmente al desprecio y á la abnegacion. Es mas compasivo con el débil el que ha sentido la postracion del espíritu; y estima mas la virtud, y mas acata al virtuoso, el que ha experimentado la vergüenza del pecado y la corrupcion. Notables testimonios se están presentando constantemente á nuestra vista, de seres afortunados que habiéndose logrado arrancar de las garras del crimen y del vicio, han amado mas por la gracia del perdon, y han resarcido con usuras á sus hermanos, los males que les causaron con sus injusticias y con sus punibles escándalos.

Admiremos é imitemos esa Providencia que nos enseña á amar al perverso, al que nos ofende y quiere ser nuestro enemigo detestando solamente la maldad. Los dioses reparten los dones sin cesar de dia y de noche; sus beneficios ya se conceden espontáneamente, ya se dan á los que los piden. ¿Quién hay que no haya sentido su munificencia? ¿Quién que esté exento de los beneficios celestes; ninguno en fin para quien no haya manado de esa

fuente benígnísima? (1) La Providencia reparte igualmente sus dones naturales sobre todos, recompensando desde la tierra con los sobrenaturales al que se hace acreedor á ellos. La mano del impío está colmada de regalos efímeros, para que se torne á su Dios mirándose tan favorecido; y para que separemos nuestro corazon de las mundanas pompas: pues no pudo Dios desacreditar mejor las cosas que se anhelan, que concediéndoselas á los indignos y negándoselas á los buenos. (2) Pero en último resultado, esa prosperidad temporal que cerca al impío, será el único premio que alcance de sus pocas ó muchas acciones meritorias, si obstinado cierra los oídos á favores tan especiales. Parece que bien alcanzaba una doctrina tan espiritual Ciceron cuando dice: "Esto debe persuadir á todos los hombres, que los dioses son los señores y dispensadores de todas las cosas, y que todo lo que acaece es por su mandato y que penetran el pensamiento de todos sin escepcion, y tienen conocimiento de los virtuosos y de los impíos. Si las inteligencias se posesionaran de estas ideas, el temor de los suplicios divinos separaria de los crímenes á los

(1) Séneca de Benef. IV, 3 y 4.

(2) Séneca De Provid. cap. 5.

malvados." (1) Debiamos temblar mas bien de los halagos de la fortuna, que envidiar la peligrosa prosperidad, principalmente si no es muy ajustada á la ley nuestra conducta: bienes que solo lo son para nuestra engañosa fantasía que es la que les da el valor de que carecen. Debiamos regocijarnos en los sufrimientos que alientan la esperanza de que no se nos da en la tierra nuestra recompensa, y en las adversidades que hacen volver en sí al pecador y al justo y le purifican.

Si los hombres guiáramos el orden de la Providencia, reduciríamos al malo inmediatamente á la desesperacion; ¿pero qué digo? acaso al benemérito que nosotros calificáramos de delincuente. Segun los pareceres tan encontrados de los hombres, ya hubiera acabado la raza de Adan, juzgados indignos de vivir los unos por los otros sucesivamente. Aun realizándose el mas puro deseo, la prosperidad del virtuoso y el abatimiento del perverso acá en la tierra. ¿Dónde estaba el mérito? El bien obrar seria entonces un cálculo y ¡qué débil la virtud nunca ejercitada con la lucha! Si inmediatamente siguiera el castigo al peca-

(1) Cic. de leg. nº 15.

do, mucho acaso disminuiría en apariencia, pero con qué detrimento de los que valerosos hacen una guerra sin tregua á todas sus pasiones y apetitos; y que con esa incesante lucha se ciñen aureolas inmarcesibles. Yo por mi parte no puedo menos que temblar al figurarme semejante deseo tan monstruoso en séres frágiles y llenos de imperfecciones, y bendigo á la Providencia infinita porque me ha dado tiempo para la reflexion y el arrepentimiento, para las obras meritorias y para la expiacion.

Por otra parte, suponiendo la inmediata represion de las malas obras, ¿este castigo seria el condigno, ó algun otro provisional? Lo primero sin duda que horroriza solo de ser imaginado; pero no es menos inconveniente lo segundo, pues sin ser eficaz para separar al hombre de su malicia, le aseguraria en la depravacion á que se entregara la persuasion de que no habia otro castigo, pues creeria ver en la tierra ya satisfecha la justicia infinita. Si el hombre se alucina con una ciega confianza, y en medio de sus pasiones no le hace despertar de su sueño letárgico la misma prosperidad de que goza, sino que por el contrario le enorgullece tanto ¿podria persuadirse de que seria objeto de un doble castigo? Algunas veces sí se experimenta con anticipacion desde

la tierra el juicio de Dios sobre los mortales, por efecto de una especial misericordia; pero estos son mas bien llamamientos, ora en favor de los mismos delincuentes, ora para escarmiento de otros; cuando está reconocido, y se ha palpado ya, que no es la tierra donde debemos esperar la retribucion de nuestras obras.

Meditemos desapasionadamente y conveniremos en que no nos seria lo mas benéfico que el castigo siguiese inmediatamente á la culpa, y que la cuestion del tiempo intermedio entre éste y aquella y la de los beneficios naturales que debia conservar el pecador, le suscita nuestra impaciencia y pequeñez; y la importancia que damos á los bienes efimeros de la vida por el olvido del destino que nos aguarda; y porque muy poco nos ocupa, en fin, la eternidad. Bien está á nuestra miseria procurar por todos los medios humanos de que podamos disponer, que encuentre el mal su debida represion y que se aumente el aliciente humano como impulsivo á la virtud y cumpliremos con esta parte de la mision providencial que Dios ha delegado á los individuos y á las sociedades, principalmente á sus gefes: el castigo se nos espera si no lo intentamos hasta donde nos sea posible, pero dejemos á la Providencia Divina que nos

aleccion sobre lo fútil de esas puerilidades que no merecen ser presentadas por ella como aliciente á los nobilísimos servidores de la Divinidad.

Esta cuida de lo que es mas conveniente á nuestra exaltacion futura; si le somos fieles y si llenos de fé descansamos en su bondad, sin que andemos solícitos por la comida y el vestido, olvidándonos por ello del reino de Dios y de su justicia: si nuestro anhelo es esta y aquel, todo nos dará por añadidura, aun comodidades temporales; pero si se nos quiere probar en la atribucion y en la adversidad, regocijémonos; porque el varon bueno tiene suma piedad para con los dioses; por lo que sufre con ánimo igual todo lo que le acontece; porque sabe que sucede por disposicion divina, por la cual todo se rige (1) y será grande el galardón.

La Providencia infinita conoce nuestras verdaderas necesidades y quiere y puede remediarlas. "En cualquiera afliccion en que te encuentres, allí tendrás á Dios ocurriendo á tu auxilio: nada abandona y satisface todas las necesidades," nos dice Séneca (2).

(1) Séneca Epíst. 76.

(2) De Benefic 4, 8.

Voltaire con su amarga ironía pretende en su "Cándida" presentar á la humanidad bajo el aspecto de toda su decadencia, viendo solamente lo que le era oportuno á su propósito; pero nada de estraño tiene que el que no la mira encaminándose á una felicidad eterna y busque sus relaciones con su propia naturaleza y nada mas, la encuentre defectuosa y aun ridícula; como la constituiria, sin duda may particularmente, esa tendencia á un bien mayor que todo lo que la rodea; pero desde el momento en que consideramos nuestro nobilísimo destino el espíritu se eleva y nos contemplamos grandes ante nuestros mismos ojos; y no podemos dejar de reconocer, que tanto los seres irracionales criados para servicio y á la vez para prueba de la criatura inteligente, como esta misma mucho mas grande y elevada y de mision mas sublime, revelan la sabiduría, el poder y bondad del Dios á quien por sus obras ha reconocido toda inteligencia, cumpliendo su mision de ostentar los divinos atributos, que desde el principio los está ejerciendo el Ser infinito, y por la eternidad de sus decretos está castigando y premiando sin término á los hombres; pero misericordioso con los mortales los crió para su felicidad; y ellos son los que corren á su perdicion, y sin que el

hombre quiera, nada puede separarle de su último y eterno bien, ni nada arrancarle la vida del alma.

Esa santa Providencia á ese punto de nuestra felicidad eterna todo lo combina y lo dispone, dirigiendo la marcha general de la humanidad á los grandes planes de su misericordia, sin que la libertad individual los pueda trastornar. La Providencia infinita nos tiene señalado nuestro papel y nos da la gracia para el desempeño, que nos proporcionará una recompensa imperecedera. Nuestros sufrimientos, las tribulaciones y los goces de nuestra vida, están dispuestos para nuestra eterna bienandanza; y en armonía con esta todo lo que nos rodea. A este fin se mueve la hoja del árbol y hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados.

Se contradice el blasfemo, que de la inmensidad infinita de Dios quiere inferir su desentendimiento y olvido absoluto de sus obras, una vez que les ha otorgado la existencia.

¿No sería limitarse á sí mismo si se las diera independiente de sí, abdicando un algo de su supremacía? Sin duda emancipaba con esto de su poder á sus criaturas, y ya no las tenía sujetas con el mayor vasallage. Un momento no pueden dejar aquellas de necesitar de su Hacedor, porque durante él, por corto

que fuere, se desmentiría la esencia infinita, el atributo ó perfeccion de tenerlo todo ligado con la mayor sujecion ó dependencia. ¿No argulle el dominio mas grande en Dios, y mas necesidad de su auxilio de parte de la criatura, mas íntima dependencia en este y mayor supremacía y la que corresponde al creador de todas las cosas, la accion continúa con que incesantemente las está criando y pres-tándoles su cooperacion para que ejerzan todas sus funciones?

Si fuera ocupacion indigna de la grandeza infinita el atenderlas, lo hubiera sido igualmente el haberlas sacado de la nada; y lo que es digno de Dios un solo instante lo ha de ser y lo será sin duda sin término y sin fin. ¡Qué! ¿Dios se cansa, es olvidadizo ó muda de parecer? Un instinto de esta necesidad y dependencia por parte de la criatura y de tal supremacía en Dios, pobló el olimpo de los gentiles con mas de treinta mil divinidades.

En el hombre fuera necedad consagrar algo de su limitacion, á menudas pequeñeces, porque evidentemente se desentenderia de las de mas alta importancia; y por otra parte no podría sujetar sus obras á su mas íntimo dominio ó pertenencia, aunque quisiera; ni tampoco conservarlas y atenderlas sin interrup-